

1970: Murena revisitado o el mantra de un nombre



Leonora Djament

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Fecha de recepción: 6-10-2022.

Fecha de aceptación: 25-10-2022.

Resumen

Héctor A. Murena fue un intelectual subversivo y mesiánico. La propuesta de este artículo es releer los textos que Murena escribió alrededor del año 1970 para rastrear una posible concepción del arte en términos de redención y, así, entender de qué modo bajo el manto de un total escepticismo que parecieran regir sus escritos desde fines de 1940, sus últimos ensayos, sin embargo, construyen una forma específica de la esperanza que le proveen los textos de la tradición jasídicas e islámicas leídos a través de los pensadores frankfurtianos.

Palabras clave: Murena; ensayo; recepción; redención; Escuela de Frankfurt.

1970: Murena revisited or the mantra of a name

Abstract

Héctor Murena was a messianic and subversive intellectual. This article explores Murena's writings from the 1970s to trace a possible conception of art as redemptive practice and in doing so understand how his late essays—written within a total skeptic mantle since the 1940s—constitute a particular mode of hope infused by the Jassidic and Islamic traditions read through the Frankfurt School thinkers.

Keywords: Murena; Essay; Reception; Redemption; Frankfurt School thinkers.

Héctor A. Murena fue un intelectual subversivo y mesiánico. Estos dos adjetivos, claro, no describen a un pensador revolucionario, afiliado a algún partido de izquierda, cercano a grupos guerrilleros armados, con una confianza plena en la revolución, sino a

un ensayista absolutamente ecléctico y heterogéneo que, a contramano de las teorías imperantes en la Argentina, propuso un modo de pensar tan irreverente como, por momentos –hay que confesarlo–, irritante. Me gustaría releer los textos que Murena escribió alrededor del año 1970 (me refiero a sus libros *El nombre secreto*, *La metáfora y lo sagrado* y algunos artículos publicados en el diario *La Nación*¹), para rastrear una posible concepción del arte en términos de redención y, así, entender de qué modo bajo el manto de un total escepticismo que parecieran regir sus escritos desde fines del 1940, sus últimos ensayos, sin embargo, construyen una forma específica de la esperanza.

Recordemos brevemente que Murena se había distanciado a lo largo de las décadas del 50 y 60 de los grupos de los que participó: tanto de la revista *Sur* como de los miembros de la revista *Contorno*. Murena, por un lado, cuestionaba a aquellos intelectuales contestatarios que modelaban su pensamiento en el cruce entre el existencialismo sartreano y el marxismo, que armaban esquemas interpretativos a partir de la categoría de totalidad o que sostenían una noción de sujeto plena, un humanismo fuerte tanto en su versión pesimista como voluntarista o revolucionaria. También discutía rabiosamente con la sociología naciente representada por Gino Germani, porque funcionaba básicamente, según Murena, a partir de una radical pretensión científicista y objetiva al intentar comprender la realidad a través de cifras, estadísticas y esquemas que vuelven a los “países [...] comparables e intercambiables” (Murena, 1965). Al mismo tiempo, Murena mantuvo a lo largo de todos esos años sus concepciones espiritualistas sostenidas desde fines de los años cuarenta. Sin embargo, lo que a fines de los años 40 era en los textos de Murena puro determinismo telúrico se va volviendo con los años –por efecto de sus lecturas “tempranas” de la Escuela de Frankfurt, pero también de las tradiciones islámicas, jasídicas, hinduistas– pensamiento sobre el lenguaje y el ser en tanto pura heterogeneidad, asunción de la imposibilidad de un conocimiento pleno y asertivo.

Este movimiento no debe ser leído como “evolución” de un pensamiento. No se trata de encarnar ninguna avanzada teórica sino de hacer saltar las agujas del reloj², proponiendo siempre una relación entre temporalidad y teoría distinta, a contrapelo de las modas teóricas. Así es cómo Murena siempre cambia los términos del debate. Murena repite el collage benjaminiano y la constelación adorniana, pero sus materiales son tanto las teorías, pensamientos y sistemas de argumentación disponibles en esos años, como las lecturas bíblicas o románticas. Este es el modo de salirse de la contemporaneidad de Murena e interrogar los modos de pensar vigentes. Si bien van cambiando tanto los problemas que propone (el americanismo, la propaganda capitalista, el arte) como sus lecturas o el contexto intelectual, Murena, sin embargo, sigue practicando ese “anacronismo” que tan tempranamente comenzó a ejercitar. Murena se refiere a esta práctica específicamente en *La metáfora y lo sagrado*: “Quien escribe estas líneas (...) al internarse en tales tradiciones [milenarias] advirtió que se iba poniendo anacrónico”³ (Murena, 2012: 27). En esta cita puntual, Murena dice “poniendo” anacrónico, y no “volviendo” anacrónico, porque no es un “volver” a donde ya se estuvo, no es un “estar atrasado” con las lecturas o quedado en un tiempo atrás; es *ponerse*, es poner en otro orden, es también ponerse al margen, no comprometerse (*desengagement*), no situarse. Para Murena, el único modo de ser contemporáneo y de sostener la distancia constitutiva que es la cultura y que sostiene a la sociedad como tal, es siendo anacrónico: “Anacrónico en el sentido originario de

1 Compilados en *Herrschaft* (Murena, 2006).

2 Cfr. *La vacilación afortunada* (Djament, 2007).

3 Subrayado mío.

la palabra que designa el estar contra el tiempo. La entrega total al presente es una entrega parcial; la contemporaneidad inmediata es una atemporaneidad” (Murena, 2002: 28). El ser anacrónico, esta posibilidad de leer desviadamente siempre desde otro lugar, otro texto, otro tiempo, no estar a la moda, hacer de las lecturas elegidas una política revolucionaria, transgresora, irritante, todo esto, en definitiva, es la operación que produce un sentido específico y, sobre todo, garantiza mediación con el presente, con la sociedad, con lo que se lee y donde radica todavía hoy el poder crítico de su pensamiento.

Es sumamente interesante, entonces, seguir este arco, esta tensión conceptual, que Murena ha dibujado a lo largo de todos sus ensayos y ver cómo se potencia y hacia qué novedosas formas de pensamiento se abre. Sus últimos textos fueron escritos a comienzos de los años 70, en pleno auge en la Argentina del accionar de la triple A, y con los movimientos armados peronistas y no peronistas ya formados. En este contexto, la crítica y la tarea del intelectual se pensaban indudablemente en tanto acción combativa efectiva, como un modo específico de hacer política, superando las distancias que separaban a los intelectuales del pueblo. Murena, en cambio, cree que no hay en América Latina una verdadera izquierda y en compensación surgen “pequeños grupos de intelectuales extremistas a ultranza” que describe como “exagerados”, con demandas “históricas” (Murena, 2002:149).

El problema fundamental para Murena ya no es América sino todo el mundo moderno occidental y el imperio de la tecnocracia, en el que caen por igual los gobiernos de izquierda y de derecha. Citando a Weber y su noción de dominio, Murena no se cansa de denunciar la sociedad administrada en la que vivimos: “Dominio, manipulación, administración total de la sociedad” (Murena, 2006: 35) son los problemas occidentales del presente, un mundo donde todo vale en tanto pueda ser medible, calculable, intercambiable por otra cosa. Para Murena, esto es consecuencia del carácter totalitario del Iluminismo y ya lo ha denunciado incansablemente en sus ensayos anteriores. Por eso mismo, Murena ha construido una sospecha permanente sobre la posibilidad de un saber total, coherente y sistemático sobre un objeto. Como sostienen Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica del iluminismo* (recordemos que Murena lo acaba de traducir en 1969 para la editorial Sur): “El iluminismo reconoce a priori solo aquello que se deja reducir a una unidad; su ideal es el sistema. [...] Ante cada resistencia espiritual que encuentra, su fuerza no hace más que aumentar. [...] [Por eso] “la síntesis es la salvación del iluminismo” (Horkheimer y Adorno, 1969): pareciera ser que el Iluminismo es tan fuerte que puede producir, absorber y anular su propia crítica, neutralizando la labor del Intelectual contestatario.⁴

Sin embargo, Murena elige alejarse del fatalismo que leía en Weber y le opone cierta noción utópica que rescata de la Escuela de Frankfurt. “Pensadores de origen judío, [...] se observa en ellos un trasfondo mesiánico, una irreprimible tendencia a la utopía. [...] Se trata de un mesianismo invertido en la misma dirección que Marx invirtió a Hegel”, sostiene Murena en un artículo titulado “Herrschaft”, publicado en el diario *La Nación* en 1971 (Murena, 2006: 35-36). Murena describe cómo la dialéctica hegeliano-marxista funciona en los frankfurtianos como contrapeso o correctivo de ese impulso mesiánico. Este artículo es el único, podríamos sostener, donde Murena muestra sus cartas y nos permite entender una vez más cómo lo que opera siempre en todos sus

⁴ Murena ya había traducido textos de Walter Benjamin y de Theodor Adorno. Murena es un intelectual que está discutiendo de un modo particular y productivo con la cultura europea y que se adelantó un poco más de 10 años a la incorporación “canónica” de las lecturas frankfurtianas en la Argentina realizadas a partir de las traducciones de la editorial española Taurus.

textos es una “dialéctica subversiva” –como él mismo la denominó en la década del 60– o negativa. Si hay un pensamiento teológico, esotérico o mesiánico en Murena, nunca será pleno, directo, afirmativo. Es ese “mesianismo *invertido*” lo que le interesa a Murena y habrá que tratar de entender en qué consiste.

El resultado de la tecnocracia, decíamos, es un mundo administrado; sin embargo, hay “Otro Mundo”, nos advierte Murena. ¿Qué es ese “Otro Mundo”? Murena nos explica que es “lo absolutamente heterogéneo, lo distinto, lo extramundano, aquello de lo que nuestro mundo surgió y por lo cual es posible” (Murena, 2012: 39). Murena se pregunta cómo se accede a ese Otro Mundo y responde que para lograrlo hay una operación fundamental y constitutiva de todo arte que es lo que Murena denomina metáfora: “Se trata de la esencia que resulta evidente en la operación básica del arte: en la metáfora se “lleva” (fero) “más allá” (meta) el sentido de los elementos concretos empleados para forjar una obra” (Murena, 2012: 36). El objetivo, entonces, es “romper las asociaciones de uso común de los elementos concretos e instalarlos en otro contexto en el cual –gracias a la súbita distancia que les confiere el desplazamiento– cobran nueva vivacidad, componen otro mundo [...] muestran lo otro de lo mismo” (Murena, 2012: 24-25), en una operación básica del arte parecida al collage benjaminiano.

Murena nos recuerda que tanto en la tradición islámica como en la judía se dice que en el Paraíso Adán hablaba en verso. Luego de la caída, la palabra que tenemos es “la palabra del Árbol de la ciencia, [que] es juzgadora, oprime hasta la muerte lo existente. En el otro polo se encuentra la poesía [...]. La poesía no juzga, nombra mostrando, es sustantivo, crea, salva” (Murena, 2012: 68). Es por todo esto, entonces, que Murena declara al arte como un modo privilegiado de conocimiento, opuesto a la ciencia o al racionalismo. No se trata de juzgar, de categorizar, de cristalizar las ideas por medio de conceptos y reducir su heterogeneidad. No hay que dar por sentado el lenguaje; hay que asumir el lenguaje recibido y trabajar sobre él para devolverle su multivocidad inherente. No hay demostración en el campo de la poesía sino pura mostración. Porque el lenguaje muestra en su movimiento (del mismo modo en que no hay que intentar leer los ensayos de Murena palabra por palabra, oración por oración, sino que hay que volverse permeable al movimiento general del texto).

La poesía muestra, decía Murena, y *salva*: “El arte, a través de la metáfora, viene a cambiar todos los lugares y criaturas del mundo, para que cada cosa viviente, al comprender que no es lo que creía, pueda ser más, pueda ser cualquier otra cosa, todo lo que debe ser. El arte viene a salvar el mundo” (Murena, 2012: 72). Salvar el mundo, entonces, es mostrar que las cosas pueden ser de otra manera: pueden ser más, pueden ser otras. Pero, además, no se trata de realizar esa salvación *yendo* hacia ese Otro Mundo, al Paraíso, a un futuro prometido, al modo de los mesianismos tradicionales. En cambio, trabajar con metáforas “significa traer más acá el Otro Mundo” (Murena, 2012: 36).⁵ No es ir a otro lugar, no hay desplazamiento espacial o temporal. Y agrega Murena: “El arte, al mostrarnos el Otro Mundo mediante la manipulación de elementos de este mundo, nos muestra la posibilidad de vivir nuestra vida en aquella que es otra [...]: como espíritu que conoce la naturaleza simbólica del mundo y se libera así de la servidumbre respecto a lo meramente fáctico y efímero” (Murena, 2012: 37). Murena propone en sus escritos de estos años, entonces, al arte como un modo de redención. Si el arte tiene una función es salvar al mundo del dominio del mundo material, pero también del mundo administrada. El arte lo que hace es *mostrar*. Por

⁵ Se trata, entonces, de “romper las asociaciones de uso común de los elementos concretos e instalarlos en otro contexto en el cual –gracias a la súbita distancia que les confiere el desplazamiento– cobran nueva vivacidad, componen otro mundo”.

eso, Murena insiste: “[...] El arte trae al Otro Mundo, a *cuya luz* se ve el irreparable aspecto de injusticia que hay en todo dominio exclusivamente humano del hombre sobre el hombre, aun en el más benévolo” (Murena, 2012: 45-46).⁶ El arte así, al traer al Otro Mundo, lo que hace es arrojar una luz y una perspectiva que permite entender el mundo en el que vivimos. Resulta más que interesante constatar la cercanía de esta idea con una expresada por Adorno en su libro *Mínima Moralía*:

El único modo que aún le queda a la filosofía de responsabilizarse a la vista de la desesperación es intentar ver las cosas tal como aparecen desde *la perspectiva de la redención*. El conocimiento no tiene otra *luz iluminadora* del mundo que la que arroja la idea de la redención: todo lo demás se agota en reconstrucciones y se reduce a mera técnica. Es preciso fijar *perspectivas* en las que el mundo aparezca trastocado, enajenado, mostrando sus grietas y desgarros, menesteroso y deforme en el grado en que aparece bajo la *luz mesiánica* (Adorno, 1998: 250).⁷

Vemos, de este modo, cómo tanto para Murena⁸ como para Adorno la redención no es la salvación como es pensada por los mesianismos tradicionales, una redención en el final de los tiempos con la llegada a un Paraíso, sino que es pensada como una luz o una perspectiva que funciona al revés: no salva, sino que muestra, muestra otro modo de ser del mundo, Otro Mundo, pero también su misterio constitutivo. Adorno llama “teología inversa” a este pensamiento.⁹ Murena había denominado “mesianismo invertido” al mesianismo de los frankfurtianos. De hecho, Murena mismo, sostiene que no es la teología lo que le interesa: “Teología es todo lo racional, incluso la ciencia, el intento de explicar el mundo” (Murena, 2012: 66). Esta “teología inversa” que plantea Adorno es, en cambio, la teología en la que seguramente está pensando Murena.

Esta concepción del arte como salvación se anuda con una temporalidad específica. Por eso, Murena dirá: “Sólo vivimos en los tiempos que nos han sido dados vivir. Sin embargo, tener un resplandor de lo que *sigue aconteciendo* en los orígenes puros puede hacer reflexionar, es una alegría cuyo valor el sheik no ignora” (Murena, 2012: 34).¹⁰ Podríamos decir que Murena piensa en una temporalidad no progresiva, sino con tiempos superpuestos: el pasado *sigue aconteciendo* en el presente. Por eso, además, podemos decir que el mesianismo de Murena, al igual que el mesianismo de Benjamin y el posible mesianismo de Adorno, no es escatológico: no se trata de pensar en un tiempo del final, apocalíptico, sino que es ahora, en el presente, cuando puede ocurrir la redención. Efectivamente, Murena sostiene: “El hombre de fe necesita vivir [...] en el presente, en el instante indivisible, incesante e inaprehensible [...]” (Murena, 2012: 49). Para Murena, entonces, no hay Paraíso al que ir o volver, sino que hablar en verso representa la capacidad de recordar en forma activa esa Ausencia: “No buscarla en el pasado ni esperarla para el futuro sino hacer vivir el recuerdo en nuestro instante presente” (Murena, 2012: 79).

Pero la teoría de Murena sobre la redención y el presente no termina acá. Murena agrega: “Por constituir este [el presente] el punto en que la eternidad se refleja en el

6 El subrayado es mío.

7 El subrayado es mío.

8 Posiblemente Murena ya había leído *Mínima Moralía*. *Mínima Moralía* fue traducido al castellano por primera vez en 1975, pero en el artículo de 1971 del diario *La Nación*. Murena ya lo menciona, tal vez leído en alemán o en otro idioma. Una vez más se revela la sintonía que Murena sostenía con la teoría adorniana a lo largo de todos estos años, pese a las poquísimas veces que lo nombra.

9 Tomado de una carta de Theodor Adorno a Walter Benjamin (Benjamin, 2014: 132).

10 El subrayado es mío.

tiempo es el conductor por el que Dios entra en el hombre y la *puerta* por la que en cada instante puede llegar o volver el Mesías” (Murena, 2012: 43)¹¹ Por un lado, no deja de inquietar que el Mesías puede “llegar o volver”: tal vez Murena simplemente está incluyendo en sus reflexiones a más de una religión. Por otro lado, el tiempo presente no es pensado como aquello que se escurre, que no deja de escaparse, sino como espejo de la eternidad, como un siempre presente, un tiempo pleno. Pero, además, ese punto que es el presente es también la *puerta* por la que puede llegar (o volver) el Mesías. No puede dejar de resonarnos aquí la célebre afirmación de Walter Benjamin en sus “Tesis sobre la filosofía de la historia” donde sostiene que el Mesías puede entrar por la pequeña puerta en cualquier momento (Benjamin, 1994: 191). (Recordemos que la frase es célebre hoy, no a comienzos de 1970, cuando Murena acaba de publicar hace solo tres años su traducción al castellano de las “Tesis...” para la editorial Sur).

A la luz de estas reflexiones mesiánicas, el anacronismo que Murena empieza a postular en la década del 60 toma ahora un nuevo matiz. Ya no se lee solo bajo su influencia nietzschiana sino que el anacronismo se vuelve a torsionar (siempre en Murena hay una nueva torsión, como operación crítica) y se convierte en Tiempo-Ahora. Ese presente indivisible es el tiempo mesiánico, el tiempo de la salvación. Volverse anacrónico a comienzos de los años 70 no es solamente leer a contramano del campo cultural argentino (lecturas jasídicas, islámicas, frankfurtianas, románticas); es también encontrar la contemporaneidad en la salvación del presente, en el presente, inspirado en las tradiciones milenarias. (Muchos años después, leeremos estas mismas afirmaciones en un pensador como Giorgio Agamben quien, anudando las lecturas paulistas con las benjaminianas, afirmará que “la contemporaneidad por excelencia (...) es el tiempo mesiánico, el ser contemporáneo del Mesías, que [Pablo] llama justamente el ‘tiempo-de-ahora’” (Agamben, 2014: 28).

Podemos decir que Murena encuentra en esas tradiciones milenarias otra forma de conocimiento, opuesto al racionalismo y al dualismo cartesiano. En ocasiones Murena propone el pensar y conocer a través del tacto: “Como el tacto particular de quien escribe reside en la invención de metáforas, decidió aplicar al arte los principios de las grandes tradiciones, capaces de iluminar más a fondo que cualquier estética intelectual” (Murena, 2012: 27). En otros momentos será a partir del sonido: “Tenía noción de que la esencia del universo es musical. En el principio fue el Verbo. Dios crea nombrando, con ondas sonoras. En los *Upanishad*, los libros sagrados hinduistas, se afirma que quien medite sobre el sonido de la sílaba Om¹² llegará a saberlo todo, porque en ella está todo” (Murena, 2012: 29).

Cruzando, entonces, relato bíblico con hinduismo, pero siempre mediado por las lecturas frankfurtianas, Murena sostiene que el mundo tiene su origen en vibraciones sonoras y estas son fuente de conocimientos. Murena llega a decir que comprendió que todos tenemos muchos oídos en el cuerpo (pecho, garganta, piernas); e incluso “acaso somos un gran oído, muchas de cuyas partes, por barbarie, dejamos de usar” (Murena, 2012: 29). Es fascinante la inversión que realiza Murena: la barbarie es la alienación del cuerpo por el mundo administrado y no (ya) estas tierras americanas

11 El subrayado es mío.

12 Digresión: resulta sumamente curioso o inquietante que Murena firme el prólogo a *La metáfora y lo sagrado* solo con sus iniciales: H. A. M. Según el hinduismo, nuestro cuerpo tiene 7 chakras o centros energéticos. “HAM” es el mantra que pertenece al quinto chakra del cuerpo: el chakra garganta. Si “HAM” –el nombre de un mantra– es el sonido del quinto chakra y “OM” es el sonido del sexto chakra, el sonido del séptimo chakra es el silencio, elemento al que Murena le dedica gran parte de su último libro.

sin manto de sentido como lo eran para él a fines de los años 40. Barbarie es también para Murena lo que caracteriza al hombre europeo que vino a América por su entendimiento erróneo del “simbolismo zodiacal [...], fundamento de las grandes religiones” (Murena, 2002: 132):

El hombre colombino demuestra una incapacidad tal en ese orden que ni siquiera es capaz de considerar el problema que la inversión de las estaciones provoca en el hemisferio sur en relación con el norte. Agosto, por ejemplo, está regido en el norte por el solar Leo debido a que ese es el mes en que el verano alcanza su apogeo: que el mismo valor simbólico siga rigiendo para el helado agosto del sur indica la ceguera zodiacal que el hombre de Occidente había alcanzado (Murena, 2002: 132).¹³

Murena denuncia –a su modo y con su vocabulario– al conquistador europeo por etnocentrismo. Pero, por supuesto, el problema es más grave aún: “Si se busca una nota más dramática de la barbarización por falta de verdadero contacto con los númenes terrestres y celestes (porque ese es el problema principal) [...] considérese la actitud de los conquistadores y colonizadores y sus descendientes respecto de los indígenas locales en Argentina y Norteamérica, por ejemplo. En ambas regiones los emigrados europeos llevaron contra los nativos guerras que condujeron a la exterminación total de éstos, verdaderas guerras punitivas que ningún “bárbaro” general antiguo se hubiera atrevido a desencadenar [...]. Solo quien reduzca la religión a sus formas exteriores petrificadas y puestas al servicio del afán de dominio y de codicia en general pude sostener que la europeización de América empezó animada por impulsos religiosos” (Murena, 2002: 133). (¿Será Murena un pensador decolonial temprano?).

Murena practicó el anacronismo de manera permanente e incansable a lo largo de todos sus ensayos. Murena fue siempre un *enfant terrible* y luego un outsider en el campo cultural argentino, un diferente. “Por eso los contemporáneos –sostiene Agamben– son raros y por eso contemporáneo es, ante todo, una cuestión de coraje: porque significa ser capaces, no solo de mantener la mirada fija en la oscuridad de la época, sino también de percibir en esa oscuridad una luz que, dirigida hacia nosotros, se nos aleja infinitamente” (Agamben, 2014: 23). En momentos de aparentes certezas intelectuales, Murena sostenía: “Aún es posible un movimiento, llegar a un saber. Este saber legítimo solo puede ser uno: saber que no sabemos nada. No sabemos nada del sentido final de cada acontecimiento de los que componen nuestra vida” (Murena, 2012: 79). Y aun así la esperanza: tanto en el arte autónomo, mediado (no el arte en tanto testimonio o denuncia), como también en soledad, no en el compromiso abierto y directo con la sociedad.

Dialéctica subversiva y anacronismo. *Ponerse* anacrónico, decíamos, es ir (no volver) a las lecturas hinduistas, bíblicas *a través* de las frankfurtianas para salirse de las discusiones más coyunturales y “urgentes” del momento intelectual: difícilmente otro intelectual argentino podía leer tradiciones orientales en plena radicalización de las posturas políticas y con los intelectuales debatiendo las distintas fracciones de la izquierda argentina (maoístas, comunistas, montoneros, etc). Estas lecturas funcionan como mediación, siempre, para pensar el presente. Este *ponerse* anacrónico es, así, una operación crítica de los textos de Murena que muestran los límites del pensamiento progresista argentino y nos permiten releerlos desde otra perspectiva. Murena sigue diseñando un pensamiento en fuga en el campo cultural argentino. Y nosotros tenemos que seguir leyendo en fuga a Murena.

¹³ Ricardo Piglia sabía muy bien que en el hemisferio sur agosto, y no abril, es el mes más cruel.

Bibliografía

- » Agamben, G. (2014). *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- » Adorno, T. (1998). *Minima Moralia*. Madrid: Taurus.
- » Benjamin, W. (1994). “Tesis sobre filosofía de la historia” en *Discursos interrumpidos*, Madrid: Taurus.
- » Benjamin, W. (2014). *Sobre Kafka*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- » Djament, L. (2007). *La vacilación afortunada. H. A. Murena: un intelectual subversivo*. Buenos Aires: Colihue.
- » Horkheimer, M. y Adorno, T. (1969). *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires: Sur, 1969.
- » Murena, H.A. (1965) “Prefacio a la segunda edición”. *El pecado original de América*, Buenos Aires: Sur.
- » Murena, H. A. (2002) [1969]. *Ensayos sobre subversión. Seguido de El nombre secreto*. Barcelona: Octaedro.
- » Murena, H. A. (2006). *Herrschaft*, Piro, G. (selección y prólogo), Djament, L. (epílogo). Buenos Aires: Tantalía.
- » Murena, H. A. (2012) [1973]. *La metáfora y lo sagrado*, prólogo de Sergio Mattoni; Buenos Aires: El cuenco de plata.